

CAPITULO V.

Continuacion del anterior.

Segun se ha dicho anteriormente, en lo interior de la Provincia los sucesos eran tranquilos y no menos edificantes. Los ministerios apostólicos en los colegios todos, á proporcion del número de sus moradores; es decir, los de confesonario, tanto en los templos como al lecho de los enfermos, predicacion, visita de cárceles y hospitales, congregaciones piadosas, misiones á los pueblos y demás que practicaba la Provincia, se ejercían con sumo aprovechamiento público en lo espiritual, no menos que en lo temporal, auxiliándose á los pobres cuanto era posible en sus necesidades, ya con los ahorros de las casas, ya con fondos legados por algunos particulares y que administraban los Jesuitas, ya tambien ocurriendo á la caridad de los fieles para tan misericordiosos objetos. De todos estos ministerios daremos pormenores en el Capítulo X, así como de lo relativo á la instruccion que se daba á la juventud en los seminarios, cuya fama tanto en la parte religiosa y moral, como en la científica, á la que presidían maestros no solo de mucha literatura y piedad, sino de grande experiencia por los muchos años que la ejercitaban, se ha conservado hasta despues de su destruccion en Europa. Cuando los Jesuitas aparecieron en el mundo, decía el célebre Bacon de Verulamio: "Por lo que hace al artículo de la educacion, todo quedaria dicho en pocas palabras: ved las escuelas de los Jesuitas, nada hay mejor que lo que se practica en ellas." (1) Y destruida la Compañía, su recuerdo ha arrancado grandes elogios no solo de los escritores católicos, sino aun de los protestantes, y lo que es más, de sus mismos adversarios. Así uno de los mayores que han tenido en este siglo, el abate Gioberti, á vista de su admirable plan de educacion, no ha vacilado en decir: "La gloria de este invento y el mérito de haber comenzado á ponerlo en práctica y ejecucion, pertenece especialmente á la Orden de los Jesuitas, los cuales como maestros de la juventud, manifestaron tal sabiduría en conocer la naturaleza humana, y particularmente la de la edad tierna, que su modo de instruir á los niños contiene muchas partes excelentes de que podrán apro-

[1] De la dignidad y aumento de las ciencias.

vecharse los afectos al estudio de la pedagogia." [1] Y el historiador Ranké se expresa en éstos términos: "Los Jesuitas trabajaban, sobre todo, en perfeccionar las universidades, y su ambicion era rivalizar con las más célebres de los protestantes. Toda la cultura científica de esa época descansaba sobre el estudio de las lenguas antiguas. Las cultivaron con un nuevo celo, y en poco tiempo se creyó poder comparar á los profesores Jesuitas con los mismos restauradores de estos estudios. . . . Los sucesos de los Jesuitas fueron prodigiosos. Se observó que aprendía más la juventud en diez meses en sus colegios, que en dos años en los otros; los mismos protestantes confiaban mejor sus hijos á los Jesuitas que á los más alabados establecimientos. . . ." Lord Fitz-Williams decía: "Lo que prueba que se habian hecho aptos para semejantes empleos [la direccion de los seminarios y colegios de la cristiandad] es el número de hombres grandes é ilustres en todos los ramos de las ciencias que han producido; y que sus tareas hayan sido coronadas de sucesos, es cosa incontestable durante una sucesion no interrumpida de doscientos treinta años." Sir John Hippisley [libelista y exaltado calumniador de la Compañía] no pudo dejar de manifestar su aprecio, respeto y admiracion hácia los Jesuitas, y la fuerza de la verdad le arrancó éstas palabras: "Estoy pronto á admitir el mérito de este cuerpo de católicos; y considerando su enseñanza clásica, debo confesar que sus escuelas y seminarios han sido los más célebres. . . . Mucho es lo que me cuesta expresarme en los términos en que lo he hecho, respecto de una comunidad compuesta de eclesiásticos recomendables, y en cuyo seno muchos de mis amigos han recibido su educacion. . . ." (2) El filósofo Federico II, declaró que no conocía mejores eclesiásticos ni maestros más sábios. Catalina II se expresó casi lo mismo en la visita que hizo á su Colegio de Mochilow. Todos estos testimonios y centenares más que podiamos alegar, prueban la exactitud de la exclamacion del célebre abogado Dupin, al presenciar una funcion literaria en uno de los pequeños seminarios de Francia. "Saint Archeul es como Cornelia: puede manifestar sus hijos con orgullo á sus amigos y á sus enemigos."

Y volviendo á nuestra patria, si por los frutos se conoce el árbol, basta recorrer los nombres de los grandes hombres que produjeron los seminarios de los Jesuitas en la llamada Nueva España, no solo pertenecientes á su cuerpo, sino en todas las clases de la sociedad, para juzgar con acierto lo que fué su enseñanza. Sin remontarnos á los tiempos antiguos en que produjeron á los Sigüenzas, Monroys, Portillos, Mañoscas, Rojos, Castorenas y Torres, aun existen el día

[1] Introducción al estudio de la filosofía, tomo I, pág. 190.

[2] Investigaciones sobre los Jesuitas, págs. 3 y 17.

de hoy los que conocieron, han oído nombrar ó son descendientes de los Revilla-gigedos, Gamboas, Mercadillos, Serrutis, Sartorius, Garcia Joves Bermúdez, Sambranos, Campos, Dominguez, Patiños, Urteagas, Velascos, Dávilas Madrid, Uribes, Boleas, etc., etc.: eclesiásticos unos, magistrados otros, médicos, abogados y literatos de todas clases y estados.

Anudando ya el hilo de la historia, pasemos á referir los hechos notables de la época que nos ocupa y á recordar los Jesuitas que ilustraron en la misma á nuestra patria.

Este año de 1744 fué fatal á la Provincia, pues entre veinte difuntos lloró á los PP. Procuradores Pedro Echávarri y José Maldonado en la Habana de paso para Roma, sujetos muy estimados por sus prendas y literatura; en la misma ciudad al P. Javier Salazar, Maestro de Filosofía; en Guadalajara al P. Alejo Cosío, y en Valladolid el P. Manuel Berrueco, catedráticos tambien de la misma facultad; lamentó en Mérida la temprana muerte del P. José Manuel Ceballos, hermano del P. Francisco, que despues fué Provincial en 1763, persona muy recomendable por su saber y virtudes. El P. José Manuel Ceballos fué natural de la ciudad de Oaxaca, donde nació á principios del siglo pasado: entró en la Compañía por el año de 1729, cuando ya era teólogo el P. Francisco su hermano mayor: desde niño se mostró muy inclinado á toda piedad, oficios sagrados y ministerios de la Compañía, y habiendo conseguido que sus padres lo vistiesen de Jesuita de devocion, con este traje procuraba en su casa imitar los empleos y ejercicios que observaba practicaban los PP. de aquel Colegio, para ser despues un Jesuita verdadero. Ya se deja entender á vista de esta religiosa inclinacion el fervor con que procedería en el noviciado, lectura de gramática en Celaya y tercera probacion en Puebla y el empeño con que se dedicaría á los estudios, como en efecto lo hizo, defendiendo el acto mayor de Prima de Teología en Puebla, con gran lucimiento el año de 1741. Ordenado de Sacerdote fué señalado á leer Filosofía á Mérida: obedeció sin réplica, y habiéndose hecho á la vela, fué apresada la nave á vista del castillo de S. Juan de Ulúa por los Ingleses que entonces estaban en guerra con España: los enemigos determinaron primero conducirlo prisionero á Lóndres; pero habiéndosele aficionado el Capitan por su amabilidad y bellas maneras, lo desembarcó en un punto de aquellas ardientes playas, dándole por compañero y para su servicio un religioso de S. Juan de Dios, que con él habia sido tambien apresado: desde allí por aquellos calientes y dilatados arenales, la mayor parte á pié, descalzo y llagadas las piernas, llegó despues de algunos dias á Veracruz. En este camino se detuvo no poco por las muchas personas que se quisieron confesar, de las cuales las más hacía muchos años que no recibían los Sacramentos, por lo que el Padre atribuyó á

particular providencia de Dios este suceso: en este viaje manifestó igualmente su devocion al Santísimo Sacramento, pues habiendo llegado á un pueblo y queriendo decir Misa, no habiendo allí hostia, retrocedió como dos leguas á pié y descalzo, sin embargo del estado en que se hallaba, por una ciénega y pantanos para traerla. Llegado á Veracruz, con obediencia constantísima se embarcó segunda vez para su destino: en Mérida tomó con singular esmero la instruccion y crianza de sus discípulos, inspirándoles con mucha particularidad la devocion á los Dolores de la Santísima Virgen, y desempeñando además los ministerios de predicar y confesar en la Iglesia. Pero el Señor quiso premiar muy pronto sus servicios: á poco más de un año de su llegada, le acometió el *vómito prieto* con tal violencia, que á 5 de Julio del dicho año de 1744, falleció con sentimiento general de toda la poblacion, habiendo dado antes el edificante ejemplo de que próximo á morir se puso de rodillas para recibir el Sagrado Viático, sin embargo de lo mucho que entonces padecía. La muerte del P. José Manuel fué muy sentida de los mericanos, como lo significaron en una carta al P. Rector de aquel Colegio, lamentando la pérdida de un sujeto tan amable, edificativo y de tan singulares talentos, que tan gloriosamente trabajaba en beneficio de sus hijos y de toda la ciudad.

En 28 del mismo Julio, falleció el P. Antonio Lisardi, natural de Oaxaca, colegial seminarista y despues real de oposicion en el Colegio de S. Ildefonso de México, que añadiendo á su singular ingenio su infatigable aplicacion, consiguió tanta actualidad y comprension de ambos derechos y de los insignes teojuristas Molina, Sanchez y Castro Palao, que citaba puntualmente la letra de los textos y doctrinas en las familiares conversaciones como en las consultas: sustentó en la real Universidad un acto mayor de 48 títulos, los que de mucho mayor número que tenía prevenido, eligió su doctísimo maestro el Illmo. Sr. Dr. D. Carlos Bermúdez de Castro, á quien en los últimos años de su vida, ocupaba la admiracion con que oyó á su actuante cuando le examinaba; despues entró en la Compañía donde fué igual su penetracion en las materias teológicas aún con el corto estudio que le permitían sus continuas enfermedades, las que no le estorbaron el fervoroso ejercicio de las virtudes, especialmente de la rara abstraccion é inviolable silencio, por lo que mereció ser llamado segundo Gregorio López: murió siendo maestro del Colegio de S. Ildefonso de Puebla, con singular opinion de ejemplar Jesuita, á los 50 años de edad, 25 y 7 meses de Compañía y 6 meses de profeso de cuarto voto.

Dos años despues perdió la Provincia otro sujeto, si no tan sábio, de no menor nombradía por sus apostólicas tareas, el P. Juan Manuel Ascarai: nació en Chiapas á 12 de Enero de 1687; muy jóven

abrazó el Instituto de S. Ignacio, y concluidos sus estudios y demás requisitos que previenen las Constituciones de la Compañía de Jesús, hizo la profesion solemne de cuatro votos y fué destinado para operario de la Casa Profesa. Por esa época los Jesuitas estaban exclusivamente encargados de la asistencia de las cárceles públicas, con especialidad de la que se llamó de la "Acordada," á la que eran conducidos los reos más criminales por sus robos y asesinatos. El laborioso ministerio de instruir á estos desgraciados, de prepararlos á la muerte, de asistirlos en la capilla y acompañarlos hasta el patíbulo, le tocó en suerte al P. Ascarai, y en él trabajó por muchos años con admirable fruto de las almas de esas víctimas de la justicia humana, para cuya direccion tenía especialísima gracia. Cuéntanse cosas muy extraordinarias en el particular, ocurridas á este celoso Jesuita, que no era conocido con otro nombre en el pueblo que con el del "padre de los ahorcados." Entre las gentes piadosas llamábasele también "el padre de la Santísima Trinidad" por la gran devoción que profesaba á este inefable misterio, quedando como arrobado cuantas veces hablaba de él, que casi era su conversacion favorita. A este su devoto afecto se debió el magnífico altar que levantó en la Casa Profesa á honor de la Trinidad divina, y la dotacion que hasta poco ha subsistía de las Misas cantadas que en él se celebraban todos los domingos del año, y el solemne novenario y funcion del día de su festividad. Fué un varon lleno de amor de Dios y del prójimo; ejemplar de todas las virtudes y modelo de observantísimos religiosos; los de su órden no le nombraban con otro título que con el de "Jesuita perfecto." Murió en la repetida Casa Profesa el domingo 1º de Mayo de 1764. Su cuerpo fué encontrado incorrupto el año de 1764 por primera vez, y por segunda por el de 1783 cuando se abrió su sepulcro para sepultar en él al célebre P. Dr. D. José de Escontría, fundador de la Casa de Ejercicios de la ciudad de México edificada por los Padres del Oratorio de San Felipe Neri.

Por el mismo año, aunque no sabemos ni la fecha ni el lugar, falleció el P. Juan Manuel Basaldúa: fué natural del departamento de Michoacan: en 1702 pasó á la Baja California en compañía de los PP. Piccolo y Minutuli en un pequeño buque cargado de provisiones y otras cosas necesarias para el presidio y las Misiones, y despues de una terrible tempestad en que se vió en el mayor riesgo de perecer, llegó el 28 de Octubre al puerto de Loreto. Desde ese día fué un fiel cooperador en las árduas empresas de los venerables Padres Salvatierra y Ugarte, apóstoles de los californios. En el P. Juan Manuel adquirió aquella Mision no ménos un agente procurador que un celoso operario: el año de 1704 fué tan desgraciado para esas fundaciones, que faltó poco para que se hubieran arruinado por falta de recursos, y esto movió al P. Basaldúa á hacer un viaje á México pa-

ra tratar con el Virey de remediar aquellas urgentes necesidades; y aunque nada consiguió por no darse cumplimiento á las órdenes de la Corte para que se auxiliase esa reciente cristiandad, se volvió con las limosnas que pudo recojer á la California, y cuando algunos trataron de abandonar la empresa, él se opuso con el P. Juan de Ugarte, obligándose con voto á permanecer allí aún cuando quedasen solos; ejemplo de constancia apostólica que sirvió tanto, que todos protestaron, aún los soldados y marineros, acompañar á los misioneros en su suerte y sufrir todos los infortunios sin quejarse, como de hecho lo hicieron. En medio de tantas penurias, los Jesuitas no perdian ocasion de civilizar y convertir á aquellas gentes, ni de hacer progresar sus establecimientos: el P. Basaldúa aumentaba considerablemente la Mision de Londó, atrayendo á muchos indios que andaban errantes en los bosques á manera de fieras; y como por ese tiempo hubiese hecho la visita el Padre Provincial y juzgase conveniente que se plantease una nueva Mision en Mulegé, lugar marítimo distante cuarenta leguas de Loreto, fué destinado á esta obra nuestro misionero. Partió, en efecto, para ese punto por Noviembre de 1705, y sufriendo los mayores trabajos hasta tener que abrir un largo y penoso camino para hacer menos difícil la comunicacion con Loreto, plantó la Mision en el sitio que se le habia ordenado, junto al arroyo Mulegé, á dos millas de distancia del mar. Entre él y los montes hay allí un llano de más de seis leguas, poblado de mezquites ó acacias, que al principio solo daba pasto para los bueyes; pero el P. Basaldúa, trabajando él mismo con sus manos y auxiliado de los neófitos, lo desmontó, y haciendo una presa se pudo ya trabajar fructuosamente alguna parte del terreno. Provista ya de alguna manera la subsistencia de los vecinos, nuestro misionero fabricó un pueblo con el título de Santa Rosalía, edificó un templo y casas para las familias de los indios que habia llevado consigo, abrió una escuela y estableció tambien algunos talleres de los oficios más indispensables: su celo le hacía emprender diversas correrías por los bosques, y rara era la vez que no volvía con algunos bárbaros á quienes persuadía abandonasen su vida errante y pasasen á vivir con sus paisanos en sociedad. La educacion que daba á aquellos salvajes, tanto religiosa como civil, era tan esmerada, que así se expresa el P. Clavijero en su historia, hablando de esta Mision. "Los indios de Mulegé se hicieron apreciables por su docilidad, por su pericia en la lengua española y por los servicios que prestaron á los misioneros, sirviéndoles de intérpretes, de catequistas y aún de maestros de la lengua cochimí. Entre otros merecieron particularmente los elogios de los misioneros por el celo con que se dedicaron á la propagacion del Evangelio, dos virtuosos neófitos llamados Bernardo Dubabá y Andrés Comanají. . . ." Tantas fatigas, y sobre todo, el mal tempe-

ramento de ese pueblo, destruyeron de tal suerte la salud del P. Bassaldúa, que á pesar de sus fervorosos deseos de sacrificarse por el bien de sus queridos indios, tuvo que obedecer á sus Superiores que lo trasladaron á la Mision de Guaymas en Sonora y despues á la de Raun en el rio Yaqui, en donde prosiguió favoreciendo á la California con los socorros que le mandaba. Lo substituyó en la Mision el citado P. Piccolo, y cuando la expatriacion de los Jesuitas en 1767, tenía de poblacion trescientos neófitos.

A estos notables varones debemos agregar otro no ménos célebre en su estado de coadjutor temporal, el H. Juan Gomez de perpétua memoria para la ciudad y aún el obispado todo de la Puebla de los Angeles: nació en la villa de la Higuera en Estremadura, el 2 de Febrero de 1661, de padres virtuosos y acomodados; jóven aún pasó á nuestra América y se dedicó al comercio en la ciudad de Puebla con tal honradez, que á pesar de su poca edad se le fiaban cantidades considerables para sus giros y aún se le ofrecían para el no ménos lucrativo en aquella época, el de las islas Filipinas; pero abandonándolo todo entró al noviciado de Tepotzotlan, teniendo poco más de veintiun años de edad, abrazando con tantas veras la perfeccion religiosa, que aún no concluido el noviciado lo llevó por compañero á la visita un Provincial, para que la edificara con su observancia. Por espacio de más de cincuenta años tuvo por empleo el de administrar las fincas de campo de los Colegios, primero el de Tepotzotlan y despues el del Espíritu Santo de Puebla, siendo tal su dedicacion que á ambos Colegios no solo mejoró en sus rentas, sino que con los sobrantes emprendió algunas mejoras de mucha utilidad para ellos y aún para el público. A este laborioso hermano se debe la fábrica del Colegio del Espíritu Santo de Puebla, llamado hoy Carolino, y el de su magnífico templo, y la de la famosa de la hacienda de Amalúcan, en la que formó otra subterránea debajo de la principal para sepultura de los indios: hizo tambien la casa de ejercicios de Puebla, auxiliado mucho con las limosnas del Illmo. Lardizábal. "Fué tambien, dice el historiador de su vida, obra del celoso empeño del hermano Juan, el haber conseguido traer por secretos conductos por espacio de dos leguas la agua de Amalúcan, celebrada de todos por la más delgada y saludable de esta ciudad, y habiéndola traído hasta el Colegio y distribuídola dentro de su recinto en siete fuentes para que la tuviesen á mano las oficinas, dispuso y labró tambien otra en la calle pública para dar al comun de la ciudad ese subsidio y refrigerio, de que se oyen cada dia, de los muchísimos que la logran, muchas gracias que dan á Dios y alabanzas á su bienhechor insigne, el hermano Juan Gomez." Tanto á las Iglesias de las haciendas como á las del citado Colegio del Espíritu Santo y otras, proveyó de ornamentos, vasos sagrados, alhajas, pinturas, etc.: el

famoso monumento que perteneció á la Casa Profesa y existe hoy en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, fué mandado traer por él de Nápoles. Respecto de su observancia religiosa y cumplimiento de sus obligaciones en la administracion de las haciendas, fué tal, como si se hallara en el más observante colegio y su celo por la salvacion de los dependientes en su estado laical tan notable, que mereció el título de Apóstol de los indios: "tratábalos, prosigue el historiador, con tanta caridad y amor en sus enfermedades, pobreza y necesidades, que todos lo amaban como padre y reverenciaban como santo: en la grande epidemia del año de 1736, tan mortífera para la raza indígena, el hermano Juan fué el consuelo de los apestados: curábalos por sus propias manos, hacía los medicamentos, dispuso enfermerías para los convalecientes, auxiliaba á los moribundos y sepultaba él mismo los cadáveres: en los tiempos ordinarios, todas las noches reunía á los indios é indias de la hacienda en la capilla; rezaba con ellos el rosario, les explicaba la doctrina, leía los libros devotos, los disponía para recibir los Sacramentos, y era tal su vigilancia y celo, que los peones y sus familias de las haciendas que administraba, por confesion de los curas párrocos, eran los más ejemplares de sus feligresías: cuando tenía que ir á Puebla á algun asunto quedaban los indios tan tristes y aflijidos, como si quedasen huérfanos, y luego que sabian su vuelta salian á recibirlo todos á mucha distancia, llevando á sus mujeres é hijos, á los que desde muy tiernos los enseñaban á no darle otro título que el de *el santo hermano Juan*. Ultimamente, teniendo ya ochenta y cuatro años, viéndolo los Superiores en una edad tan avanzada, lo relevaron de aquellos trabajos, mandándolo á descansar al repetido Colegio del Espíritu Santo, donde permaneció con grande ejemplo de la comunidad otros tres años, tan ocupado de las cosas espirituales y de prevenirse para una santa muerte, que por todo ese tiempo jamás se le oyó hablar de cosa que tuviera relacion con siembras, cosechas ni demás labores en que se habia ejercitado por más de medio siglo. Murió tan santamente como habia vivido, á 2 de Julio de 1748, siendo de ochenta y siete años y cinco meses de edad, sesenta y seis y un mes de Compañía, cincuenta y cuatro y tres meses de incorporacion en ella en el grado de coadjutor temporal."

Por el año de 1750 el P. Agustín Arriola, misionero de la provincia de Sonora, no contento con auxiliar las Misiones de la California cuanto le era posible en beneficio temporal de esos establecimientos de que se habia constituido voluntariamente procurador, erigió un nuevo Colegio en el puerto de Guaymas con las formalidades que entonces se exigian, para cuyo gobierno se mandó de México al P. Ignacio Lizassoain, encargado además de aprovechar la

ocasión de anunciar el nombre de Cristo á las tribus infieles confidentes. Guaymas está situado en las costas del mar de California entre la Pimería y los Seris, tribu bárbara y belicosa, ocupada de mucho tiempo atrás en hacer la guerra á los pueblos inmediatos. El año anterior de 49, como refiere el P. Alegre, había estallado una rebelion en aquellas tribus y de ella fueron víctimas los dos misioneros de que hemos hablado otra vez, quedando asolado en consecuencia todo aquel país. Estas circunstancias hacían difícil la posición del nuevo misionero, que necesitaba de grandes auxilios para edificar un templo donde reunir los neófitos, no ménos que una casa para habitacion de los nuevos moradores del Colegio. Pero á todo proveyó el grande ánimo del P. Arriola, que con la abundante limosna que consiguió de los vecinos acomodados, logró fabricar un Colegio para reunir á los niños indígenas que fuera posible de la inmediata tribu de los Yaquis, como en efecto lo consiguió, alimentando gratuitamente á no pocos, instruyéndolos además en los rudimentos de la fé cristiana, enseñándoles la lengua española y la música, á que esa tribu tiene una decidida inclinacion. Ese Seminario de indios tuvo progresos de mucha consideracion, tanto por los trabajos del P. Lizassoain como del P. Arriola: de allí se hacian algunas escursiones á la dicha tribu de los Yaquis por desgracia infructuosas, pues por el estado permanente de guerra de los Seris, los misioneros no podian internarse todo lo necesario. Pero á pesar de eso, el Seminario progresaba en número de jóvenes alumnos diariamente: la poblacion tenía en los Padres unos curas celosos y dedicados; y ciertamente, sin la catástrofe de 1767, es muy probable que esas tribus bárbaras y tal vez la de los apaches que el dia de hoy invaden, especialmente á Sonora, habrian sido en gran parte reducidas á sociedad y á una vida cristiana.

Las ventajas que por ese lado de las Misiones se conseguían, desgraciadamente se compensaban con la calamidad que sufría por el mismo tiempo el Colegio de Veracruz, gobernado entonces por el célebre P. José Rafael Campoy. La importancia de este Colegio era suma, tanto para conservar las buenas costumbres de esa poblacion, que formaba entonces una excepcion de las estragadas generalmente en los puertos, cuanto porque además de la educacion que recibía allí la juventud, esa casa servía de descanso á los misioneros que llegaban á la Provincia, de Europa, sumamente maltratados y muchos enfermos por la larga y penosa navegacion, pues en esa época no estaba tan adelantada como en la presente. El Colegio se hallaba reducido á tal estado de penuria, que los Superiores de México habian resuelto ya su clausura, con grande sentimiento de la poblacion que recibía tantos beneficios de aquel establecimiento, y distinguía con singular estimacion al P. Campoy, su actual Rector. Pero la Provi-

dencia proveyó á aquella necesidad. Hallábase de Gobernador de la ciudad el Sr. D. Francisco Crespo, tanto él como su esposa, personas muy religiosas y distinguidas por su liberal munificencia con las familias pobres del puerto, muy apreciadoras del P. Campoy, á quien trataban con bastante intimidad, especialmente la Señora, que se confesaba con él y nada hacía sin el consejo de ese tan acreditado Jesuita. Por esos dias falleció esa ilustre matrona, y como entonces se acostumbraba con esa clase de personas, en las solemnes honras que se le hicieron predicó un famoso sermón el P. Campoy en su justo elogio, proponiéndola de modelo á todas las señoras de su sexo, oracion fúnebre que se imprimió y logró el mayor aplauso. Fuese por la especial recomendacion de la virtuosa difunta á su esposo, antes de morir, ó tambien y en mucha parte por el aprecio que de los Jesuitas hacía el Sr. Crespo, tan luego como llegó á sus oídos aquella disposicion, rogó al P. Campoy que se suspendiera, tomando él á su cargo la formacion de un fondo dotal con que pudiera subsistir el Colegio. Al efecto, reuniendo á los mercaderes de aquella ciudad, la más rica entonces en su comercio, y haciéndoles presente las necesidades de los Padres, no menos que la falta que harían sus ministerios, consiguió que con toda liberalidad cedieran á su favor cierta suma á que ascendían los créditos activos de los que componían la junta. Se ignora la cantidad á que llegó aquella donacion; pero se cree que atendida la carestía de los alimentos en ese puerto, seria de algunos miles de pesos, porque con sus réditos llegaron despues á mantenerse en ese establecimiento hasta nueve Jesuitas.

El año de 1750 forma época en la historia de México por la grande hambre que se padeció en todo el país. De esta calamidad escribe así el P. Andrés Cavo en su Historia civil y política de México: "Por este tiempo concurrían á México muchos forasteros que de lejanas tierras venían á buscar qué comer; pero el acopio de provisiones que el año antes se habia hecho, no solo era bastante para el abasto de aquella gran poblacion, sino tambien sobraba para el socorro de los necesitados. No sucedió así en las ciudades y poblaciones que caen al Poniente y Norte, pues habiéndose perdido las cosechas y acudiendo á ellas los pobres de las campañas, se empezó á experimentar gran carestía que acabó en hambre. Desde Guanajuato, ciudad opulenta por sus inagotables minas, comenzaba la necesidad: de aquí esta calamidad corrió al Oeste Noroeste á Zacatecas, ciudad grande y rica por sus metales, en donde conjeturo que el hambre fué excesiva, pues llegó á pagarse la fanega de maíz á veinticinco pesos. Así es que no hallando qué comer ni los hombres ni las bestias, se interrumpieron los trabajos de las minas. Es verdad que las cosechas de trigo fueron, si no abundantes, á lo menos regulares. Pero esto de qué servía á una nacion que casi no se mantiene